

ANTHONY HENMAN
MAMA COCA



Biblioteca del Gran Cauca

TABLA DE CONTENIDO

PREFACIO	11
PRÓLOGO A LA NUEVA EDICIÓN COLOMBIANA	19
MAMA COCA	27
LA COCA Y EL OCCIDENTE	41
Primeras campañas españolas contra la coca	43
Los primeros masticadores de coca no indígenas	45
El aislamiento de la cocaína	48
La droga prodigio	50
Farmacología: una inquisición moderna	52
Estudios posteriores a 1968	60
BOTÁNICA, ARQUEOLOGÍA, HISTORIA COLONIAL. EL DESARROLLO DEL COMERCIO DE LA COCA	71
La botánica de la coca	71
La coca en los Andes Centrales	74
La coca en los Andes Septentrionales	77
Coca y tabaco en el norte de Colombia	81
La coca: ¿un monopolio Inca?	84
La coca se convierte en gran negocio	90
El comercio de la coca en la zona del Cauca	96
LA POLÍTICA DE LA COCAÍNA	113
Las fuerzas de seguridad de Colombia	119
El impacto del negocio ilícito de la droga en las áreas de producción	125
Cocaína: el poder y el billete	130
La influencia del mercado de consumidores	139
COMO MASCAR HOJAS DE COCA	155
Los efectos de la masticación de coca	163
COMO CULTIVAR SU PROPIA COCA	179
La preparación de hojas de coca para mascar	188
Elaboración de un reactivo alcalino	194
Calabazos para la cal y bolsas para la coca	199

MAMA COCA: UNA NUEVA APROXIMACIÓN	205
La coca y el curanderismo	214
El Trueno sobre los cocaes	238
APÉNDICE A. MARIHUANA Y HONGOS	243
Marihuana	243
Hongos	255
APÉNDICE B. HIERBAS MÁGICAS Y MEDICINALES DE LA REGIÓN DEL CAUCA	259
Plantas medicinales nativas	259
Plantas mágicas	261
Plantas usadas en hechicería ofensiva	265
APÉNDICE C. LA RESISTENCIA DE LOS NASA Y SU LUCHA POR LA TIERRA	269
POSDATA 2008	305
NOTA BIOGRÁFICA	306
BIBLIOGRAFÍA	307

PREFACIO

Wade Davis

Explorador residente, National Geographic Society

(Traducción de Cristóbal Gnecco)

Cuando era un joven estudiante tuve la suerte de pasar varios meses en Suramérica como asistente de campo de Timothy Plowman, botánico notable y explorador de plantas. Gracias a su mentor, el legendario etnobotánico de Harvard Richard Evans Schultes, Tim había conseguido la beca soñada por los académicos de la década de 1970, \$250.000 dólares del Departamento de Agricultura de Estados Unidos para estudiar la coca, la planta más sagrada de los Andes y la notoria fuente de la cocaína. Sorprendentemente, aunque la coca era foco de preocupación e histeria públicas poco se conocía sobre ella entonces. Los orígenes botánicos de las especies domésticas, la química de la hoja, la farmacología de la mascada, su papel nutritivo, la distribución geográfica de las variedades cultivadas, la relación entre las especies salvajes y cultivadas —todo era un misterio. Desde que Golden Mortimer publicó su clásico *Historia de la coca*, en 1901, no se habían hecho esfuerzos concertados para documentar su papel en la religión y cultura de los Andes. El mandato que recibió Plowman del gobierno de los Estados Unidos, hecho deliberadamente vago por Schultes, era viajar a lo largo de la cordillera andina y atravesar las montañas, donde fuera posible, para alcanzar los flancos orientales y localizar la fuente de la planta conocida por los Incas como la Hoja Divina de la Inmortalidad.

Aunque la guerra contra la cocaína aún no había sacudido a los países andinos la coca y la cocaína estaban en la mente de todos a principios de la década de 1970; sin embargo, con algunas excepciones (como Anthony Henman, autor de este libro notable y pionero), era increíble que pocos hicieran la distinción obvia entre el alcaloide (aspirado, fumado o inyectado en concentración

química pura) y las hojas de una planta que, con toda evidencia, había sido usada de una manera natural benigna durante miles de años por los indígenas de los Andes. Casi todas las personas que encontramos —biólogos y antropólogos en las universidades, agentes anti-narcóticos en las embajadas estadounidenses, adictos a la coca con los ojos enrojecidos en las playas de Santa Marta y Punta Hermosa— hablaban como si las hojas de coca y el extracto químico puro fueran la misma cosa. Cuando mencioné la coca a un californiano que se quedaba en una pensión que compartimos en Lima, el mismo individuo que me mantuvo despierto la mitad de la noche mientras inhalaba cocaína como una Hoover en el cuarto de al lado, pensó que estaba hablando de chocolate.

La cocaína era desconocida hasta 1860, cuando fue aislada en Gottingen por el químico alemán Albert Niemann. En 1846 el arqueólogo Johann Jakob von Tzudi, quien había observado el uso tradicional de hojas de coca en las tierras altas, escribió: "Soy de la opinión de que el uso moderado de la coca no sólo es inocuo sino que puede ser saludable." La alabanza del influyente neurólogo italiano Paolo Mantegazza, cuyo trabajo inspiró a Sigmund Freud, fue más efusiva; un año antes del descubrimiento de Niemann escribió: "Prefiero una vida de diez años con coca a cien mil años sin ella."

El químico corso Angelo Mariani estuvo de acuerdo. En 1863 patentó el Vino Tónico Mariani, una combinación de extracto de coca y vino rojo de Burdeos que se convirtió, de la noche a la mañana, en una sensación. Mariani tiene la curiosa distinción de ser el único responsable de que dos presidentes de Estados Unidos, un papa y, por lo menos, dos monarcas europeos se hayan envenenado a la coca. El papa León XII cargaba un frasco del vino en su cadera y estaba tan enamorado de la bebida que otorgó a Mariani una medalla de oro al mérito. En Estados Unidos el enfermo Ulysses S. Grant recibió una cucharada del vino con leche cada día por los últimos cinco meses de su vida. Otros de los conocidos entusiastas que escribieron testimonios a Mariani figuran el presidente William McKinley, el zar de Rusia, el príncipe de Gales, Thomas Edison, H. G. Wells, Jules Verne, Auguste Rodin, Henrik Ibsen, Emile Zola y Sarah Bernhardt.

Mariani, un estudioso serio de la planta y un genio promocional, creó una línea completa de productos: además del vino Mariani había un elixir Mariani, una versión más fuerte del vino; El Mariani, un extracto de coca sin el vino; una gragea para la

garganta conocida como Pate Mariani; y Pastiles Mariani, la misma gragea fortalecida con cocaína pura. Para vender estas preparaciones este químico emprendedor aseguró el respaldo de la Academia Francesa de Medicina y una lista de más de trescientos médicos que juraron por sus productos. Un médico prominente, J. Leonard Corning, describió el vino Mariani como "el remedio por excelencia contra la preocupación." En poco tiempo este "vino para atletas" era consumido por todos, desde el ejército bárbaro y el equipo francés de lacrosse hasta cantantes profesionales y chicas Gibson, buscando longevidad y juventud eterna. La publicidad americana lo describió como una panacea moderna y como la cura perfecta para "personas jóvenes afligidas por timidez social." Con el tiempo el vino Mariani se convirtió en la medicina prescrita más popular del mundo.

La ola de la popularidad llegó a su máximo en 1884, cuando Sigmund Freud publicó su desinformado artículo *Sobre la coca* y Carl Koller descubrió las propiedades anestésicas de la cocaína, que condujo al primer uso de una anestesia local en cirugía; este gran descubrimiento médico, en particular, transformó la práctica de la oftalmología, permitiendo, por primera vez, la remoción indolora de cataratas. Un volante publicado por Parke-Davis sugirió que la cocaína podía ser "el descubrimiento terapéutico más importante de la época, cuyos beneficios a la humanidad serán incalculables." La compañía farmacéutica, que entonces controlaba el mercado de cocaína en Estados Unidos, tenía en mente más que las cirugías oculares. En la década de 1880 Parke-Davis ya estaba mercadeando la cocaína en confites, cigarillos, atomizadores, gárgaras, pomadas, tabletas, inyecciones sin prescripción y un coctel conocido como Coca Cordial. Muchos artículos en revistas especializadas recomendaron la coca y la cocaína para todo, desde mareo hasta dolor de estómago, fiebre del heno, depresión mental y, más ominosamente, tratamiento de la adicción al alcohol y al opio.

El *British Medical Journal* expresó con interés en un editorial que la coca representaba "un nuevo estimulante y un nuevo narcótico: dos formas de novedad en la excitación que nuestra civilización moderna es probable que estime." El público norteamericano lo hizo. En 1885 un fabricante de medicinas patentadas de Atlanta, llamado John Pemberton, registró la marca de la preparación *Vino francés de coca: estimulante nervioso y tónico ideal*. Un año después eliminó el vino y añadió la nuez kola de

África y aceites cítricos para el sabor; pasados dos años reemplazó el agua por soda debido a su asociación con manantiales minerales y buena salud y comenzó a mercadear el producto como una "bebida intelectual y un trago de moderación." En 1891 Pemberton vendió su patente a Asa Griggs Chandler, otro farmacéuta de Atlanta; al año siguiente fue lanzada la compañía Coca-Cola. Vendida como tratamiento para el dolor de cabeza y promocionada por Chandler como el "remedio soberano" la Coca-Cola pronto encontró el camino a todas las farmacias. La fuente de soda, una suerte de spa de los pobres, se convirtió en una institución; en todo el país hombres y mujeres iban a sus farmacias a preguntar por la bebida que, sólo después, fue conocida como la "pausa que refresca." En esos días se ordenaba una botella pidiendo "un trago en el brazo."

A comienzos del siglo XX había unas sesenta y nueve imitaciones de Coca-Cola en el mercado, todas con cocaína. En 1906, consciente de crecientes preocupaciones y de la inminente aprobación de la Ley de Comida y Droga Puras, que podía prohibir el comercio interestatal de alimentos o bebidas que contuvieran la droga, Coca-Cola quitó la cocaína de su fórmula; sin embargo, continuó usando la planta como saborizante. Aún hoy las hojas de coca son importadas a los Estados Unidos por Stephan Chemical Company, de Maywood, New Jersey, el único importador legal en el país. Una vez que la cocaína ha sido removida y vendida a la industria farmacéutica el residuo que contiene los aceites esenciales y los flavonoides es enviado a Coca-Cola. La compañía no está especialmente orgullosa de este hecho pero debería estarlo porque es la esencia de las hojas lo que hace a la Coca-Cola the real thing.

Cuando la cocaína estaba siendo disfrutada por el público de manera amplia la opinión médica comenzó a cambiar, lentamente, contra la droga. Los reclamos exagerados de su valor terapéutico trajeron consigo una oleada de frustración. Sigmund Freud amaba la cocaína, que veía como una droga milagrosa. En una carta a su esposa Martha bromeó: "Verás quién es más fuerte, una niña tierna que no come suficiente o un gran hombre salvaje que tiene cocaína en su cuerpo." Quizás cegado por la euforia Freud la recomendó como tratamiento para una variedad de enfermedades, incluyendo la adicción a la morfina y el alcoholismo. Entre 1880 y 1884 la *Therapeutic Gazette* de Detroit publicó dieciseis reportes de cura a la adicción de opio con cocaína. Parke-Davis publicitó

la droga como el único tratamiento exitoso. Pronto fue aparente, sin embargo, que la cura podía ser tan mala como la enfermedad. Hacia 1886 la profesión comenzó a ser asediada por casos de sicosis por cocaína con halucinaciones táctiles —la ilusión notoria de insectos reptando debajo de la piel. Hacia 1890 la literatura médica contenía cuatrocientos casos de toxicidad aguda producida por la droga. Albrecht Erlenmeyer, reconociendo los peligros inherentes a su uso crónico, la llamó “el tercer azote de la humanidad,” después del alcohol y la morfina. En pocos años pasó de ser descrita como el estimulante más benéfico conocido, la droga escogida por presidentes y papas, a ser percibida como una maldición moderna, la encarnación y la causa de todos los males sociales. En los Estados Unidos varias leyes circunscribieron su uso y disponibilidad. En 1922 fue condenada como un narcótico (que no es) y en el lapso de una década el público fue convencido de que era una droga adictiva dañina, sólo usada por músicos, artistas y degenerados por el estilo.

En Suramérica, particularmente en Perú, el establecimiento médico miró este revés de fortuna con algún interés. Durante la corta historia de la fascinación europea y norteamericana con la droga virtualmente nadie estableció la diferencia entre la cocaína y la coca. En la literatura médica, la prensa popular y la publicidad de Mariani los términos fueron usados sin discriminación. A medida que comenzaron a circular historias sensacionalitas sobre la adicción a la cocaína a finales del siglo XIX y los médicos empezaron a considerar la cocaína y la morfina como igualmente peligrosas la coca fue asociada con el opio y el público fue llevado a creer que los efectos ruinosos del consumo habitual de opio sobrevendrían, inevitablemente, a quienes mascaran hojas de coca con regularidad. Así, un estimulante usado, sin evidencias de toxicidad, desde, por lo menos, dos mil años antes de que los europeos descubrieran la cocaína llegó a ser visto como una droga adictiva

Este fue el acto inicial que varios médicos peruanos habían estado esperando. La mayor parte de ellos era liberal; la intensidad de su preocupación por la difícil situación de los indígenas de las tierras altas sólo podía compararse con su ignorancia de la vida de los indígenas. Cuando veían las montañas desde Lima sólo veían pobreza abyecta, mala salud y nutrición, analfabetismo y altas tasas de mortalidad infantil. Buscaron una causa con la ceguera de las buenas intenciones. Puesto que los temas políticos

de la tierra, el poder, la opresión y la explotación descarnada estaban demasiado cerca, lo que los hubiera forzado a examinar la estructura de su propio mundo, se decidieron por la coca. La culpa de cada posible enfermedad, cada fuente de vergüenza para sus sensibilidades burguesas, cada cosa que evitaba el progreso de la nación, fue echada a la planta. El médico Carlos Ricketts, quien presentó el primer plan para erradicar la coca en 1929, describió a los usuarios de la coca como débiles, deficientes mentales, perezosos, sumisos y depresivos. Otro comentarista notable, Mario Puga, condenó la coca como "una forma elaborada y monstruosa de genocidio que está siendo cometida contra el pueblo." En 1936 Carlos Enrique Paz, refiriéndose a las legiones de drogadictos del Perú, dio la voz de alarma: "Si esperamos con los brazos cruzados un milagro divino que libere nuestra población indígena de la acción deteriorante de la coca estaremos renunciando a nuestra posición de hombres que aman la civilización."

En la década de 1940 la erradicación fue liderada por Carlos Gutiérrez, jefe de farmacología del Instituto de Higiene, en Lima. Gutiérrez, quien consideró a la coca como "el mayor obstáculo al mejoramiento de las condiciones sociales y de salud de los indios," estableció su reputación con una serie de dudosos estudios científicos conducidos, exclusivamente, en prisiones y asilos; esos estudios concluyeron que los usuarios de coca tendían a ser alienados, antisociales, inferiores en inteligencia e iniciativa y susceptibles de "alteraciones mentales agudas y crónicas," además de sufrir conocidos desórdenes de comportamiento, como "ausencia de ambición." La arremetida ideológica de su ciencia fue evidente. En un reporte publicado en 1947 por el Ministerio de Educación Pública del Perú escribió que "el uso de la coca, el analfabetismo y la actitud negativa hacia la cultura superior están estrechamente relacionados."

Debido, en buena parte, al cabildeo de Gutiérrez las Naciones Unidas enviaron un grupo de expertos, en el otoño de 1949, a examinar el problema de la coca. Poco sorprendentemente sus hallazgos, publicados en 1950 como *Report of the Commission of Enquiry on the Coca Leaf*, condenaron la planta y recomendaron que su cultivo fuese eliminado en un periodo de quince años. Esa conclusión nunca se puso en duda. En una conferencia de prensa en el aeropuerto de Lima cuando la comisión llegó para *iniciar* sus investigaciones su coordinador, Howard B. Fonda, entonces vice-presidente de la compañía farmacéutica Burroughs Well-

come, anunció que la coca era, sin lugar a dudas, “absolutamente nociva,” “la causa de la degeneración racial... y de la decadencia tan visible en numerosos indios” y prometió a los periodistas presentes que sus hallazgos confirmarían sus convicciones. Once años después Perú y Bolivia firmaron la Convención Única Sobre Drogas Narcóticas, un tratado internacional que exigió la completa abolición de la masticación de coca y el fin del cultivo de la planta en un periodo de veinticinco años. Increíblemente, en medio de este esfuerzo histórico para expurgar a las naciones andinas de la coca ninguno de los oficiales peruanos o norteamericanos de salud pública hizo lo obvio: analizar las hojas para determinar qué contenían. Se trataba, después de todo, de una planta consumida, diariamente, por millones de hombres y mujeres en los Andes, desde Colombia hasta el norte de Argentina. Si lo hubiesen hecho su retórica se habría suavizado.

Los viajes que hicimos con Tim Plowman nos enseñaron, desde luego, que la coca figura, de manera prominente, en la vida diaria y ritual de la gente, como ha ocurrido desde mucho antes del ascenso de los Incas. Puesto que mascamos las hojas estábamos familiarizados con sus suaves y placenteros efectos estimulantes; desde nuestras experiencias subjetivas la coca parecía totalmente benigna. La cantidad de cocaína en las hojas es pequeña y se absorbe junto con otros elementos que median, sin duda, los efectos del alcaloide. Nos pareció que era análoga al café o al té. La cafeína pura extraída de estas plantas e inyectada no podría ser comparada con una taza de té tomada por la mañana. El médico William Golden Mortimer, en su clásico estudio de la coca, recordó a su profesión en 1901 que el efecto de la cocaína no representa mejor los efectos de las hojas que el ácido prúsico en las pepas de los melocotones representa los efectos de esas frutas. Aún así, incluso nosotros quedamos sorprendidos por los resultados del primer estudio nutricional comprensivo de las hojas emprendido por Plowman en junio de 1974 junto con Jim Duke, del Departamento de Agricultura de Estados Unidos. Puesto que el estudio encontró una cantidad impresionante de vitaminas y minerales en la coca Duke la comparó con el contenido nutricional promedio de cincuenta alimentos consumidos en América Latina con regularidad. La coca superó el promedio de contenido de calorías, proteínas, carbohidratos y fibra; también se encontró un alto contenido de calcio, fósforo, hierro, vitamina A y riboflavina, tanto que cien gramos de hojas, el consumo diario típico de un

coquero en los Andes, más que satisfaría el porcentaje nutricional recomendado de estos nutrientes y de vitamina E. La cantidad de calcio en las hojas es extraordinaria, más de la que se ha reportado para una planta comestible. Este hecho es especialmente significativo. Hasta la llegada de los españoles no había productos lácteos en los Andes; incluso hoy en día la leche se consume con poca frecuencia. El alto nivel de calcio confirmó que la coca es un elemento esencial de la dieta tradicional, particularmente para las madres lactantes. Otra investigación sugirió que la coca regula el metabolismo de la glucosa, aumentando la habilidad del cuerpo para digerir carbohidratos a grandes alturas, una ventaja vital en una dieta tradicional que depende, en gran medida, de papas y otros tubérculos. Esos estudios no dejaron dudas: las hojas de coca no eran una droga sino un alimento y un estimulante suave, esencial para la adaptación de los habitantes de los Andes.

Esta evidencia pone en perspectiva las necesidades de hombres como Gutiérrez y las recomendaciones draconianas de organismos internacionales como la comisión de la ONU de 1940. La fecha límite establecida en 1961 por la ONU para la eliminación de la coca venció en 1986. El esfuerzo peruano fue a ninguna parte. Actualmente la campaña de erradicación está siendo liderado por el gobierno de los Estados Unidos, que tiene un nuevo grupo de buenas intenciones y una más grande ignorancia de la vida indígena. El centro del debate, entonces como ahora, como este brillante libro testimonia de manera tan elocuente, no ha sido la farmacología de la coca o los efectos deletéreos de la cocaína. Los esfuerzos para erradicar los campos tradicionales comenzaron hace cincuenta años, aún antes de que existiese un comercio ilícito con la droga. El asunto real es la identidad cultural y la sobrevivencia de quienes han reverenciado la planta tradicionalmente. En los Andes el uso de la coca es *runakuna*, de la gente, y la masticación de las hojas sagradas es la expresión más pura de la vida indígena. Si se elimina el acceso a la coca se destruye su espíritu.

PRÓLOGO A LA NUEVA EDICIÓN COLOMBIANA

Treinta años después de la primera edición de este libro no sé si me cabe un triste llanto o, mejor, una risa irónica frente a la falta de seriedad de mis pares en el imperio transnacional del norte. Como cuento en estas páginas los intereses neo-coloniales de mediados del siglo XX, disfrazados con un discurso pseudo-científico, consiguieron poner la hoja de coca en la maldita Lista 1 de la Convención Única de la ONU y siguen, hasta hoy, con su absurdo proyecto de desterrar una planta con una noble historia y virtudes que se revelan cada día más útiles, cada vez más adaptadas a las necesidades del futuro.

¿Cómo es posible que, después de más de cincuenta años de enérgicas condenas a la coca, no se haya conseguido, siquiera, uno de los objetivos trazados por las políticas públicas? ¿Cómo es factible que, a pesar de repetidos fracasos a todos los niveles y en todas las áreas, se sigan reproduciendo las mismas medidas? Y, mi excelentísimo, ¿cómo es que a cada cambio de ministros se sigue repitiendo la misma respuesta banal como si fuera la última novedad? “Ahora sí, vamos acabar con el narcotráfico...” ¿Por qué no llegamos, jamás, a ese momento decisivo de la historia? Debe ser que el objetivo está mal trazado o que los verdaderos objetivos de la guerra permanente a las drogas no son los declarados y que al poder interesa estar a la vuelta de la esquina de una victoria final que ha invocado, anunciado y declarado tantas veces? La ilegalidad de la coca ha dado un extraordinario dinamismo a los intereses oscuros de su comercialización, acompañado de unos efectos profundos sobre los modelos de desarrollo en las áreas productoras y distorsiones políticas de conocimiento público en Colombia. Desde que la coca fue declarada elemento perturbador del orden público hemos entrado en una espiral de violencia que parece no tener salida, construyendo cada vez más cárceles, entrenando cada vez más brigadas anti-narcóticos, erradicando cada vez más hectáreas.

Lo absurdo de esta situación, que impide el desarrollo, destruye las instituciones, y vuelve la coca parte de un proceso de mercan-

tilización maligna de todo el planeta, ha llevado muchas mentes inteligentes a reconocer la validez de las posiciones asumidas en este libro, defendidas por casi todos los estudiosos independientes del tema. Dicho llanamente, la coca nunca debió ser prohibida; por eso, al reconocer la necesidad de un cambio de enfoque, no se trata de "legalizar" algo de potencial desconocido sino admitir un error histórico y reparar una injusticia hecha a una planta que ha acompañado a los seres humanos durante milenios.

Ya es hora de hacer la paz con la coca, abrazarla, amarla como merece ser amada una planta de muchos dones y muchas cualidades. En 1978 Andrew Weil, conocido médico naturista, publicó un artículo que describe varios usos de la coca: para tratar espasmos y condiciones dolorosas del tracto gastro-intestinal; como sustituto del café, de las anfetaminas y de la misma cocaína, ya que estos estimulantes tienen acciones más prolongadas e irritantes; como antidepresivo, siendo menos tóxica que los productos farmacéuticos usados para este fin; para el mareo y el mal de altura; como tónico de las cuerdas vocales para quienes requieren un uso intensivo de la voz o del canto; como tópico en los dolores de muelas e infecciones bucales; como suplemento nutricional en programas de reducción de peso y entrenamiento físico. Un famoso estudio publicado por la Universidad de Harvard (Duke *et al.* 1975) ya había llamado la atención sobre el valor nutritivo de la coca, comparándola, positivamente, con varios otros alimentos andinos y mostrando que era una fuente excelente de calcio, fosfatos y potasio, además de contener cantidades apreciables de vitaminas y sales minerales. Estas cualidades explican la ausencia de indicios serios de desnutrición en muchas comunidades andinas y apoyan su empleo actual para tratar osteoporosis, diabetes, colesterol alto, hipertensión y otras enfermedades de la tercera edad.

Al desarrollo de estos nuevos usos, urbanos y modernos se suman las diversas introducciones del chachado o mambeo allí donde no existía cuando inicié este estudio. Contrariando la rigidez y falta de imaginación de las políticas oficiales el mercado consumidor da señales de un aprendizaje colectivo que ha rescatado el "uso tradicional" del guetto donde lo trataron de encerrar. El objetivo original era limitar el uso de la coca a culturas indígenas que, en la lógica de la época del falso progreso, estaban destinadas a desaparecer. De esta manera se favorecieron ciertas áreas de producción (los Yungas de La Paz o el Valle de la Convención, en

Cusco) y se castigaron otras, igualmente "tradicionales" (Monzón, en Huánuco, y el Chapare boliviano), creando una confusión que abrió más mercados que los que consiguió cerrar.

En Colombia se reconoció el derecho de mambear a ciertos grupos indígenas (en la Sierra Nevada de Santa Marta, en el Cauca, en el Putumayo y en el Vaupés) pero se excluyó a la población campesina de las mismas zonas. ¿Por qué? Hay muchos usos no "tradicionales" de la coca que llevan a innovadoras soluciones: entre estudiantes y artistas en varias ciudades andinas; entre trabajadores de la industria pesquera en la costa peruana; entre la burguesía regionalista de Salta, en Argentina; entre los turistas que vienen al Cusco a aventurarse por los caminos del Inca. Todos, incluyendo el reciente repunte del uso de la harina de coca en las tiendas naturistas de Lima, demuestran lo que sabe cualquier sociólogo: el significado de cualquier forma de consumo es maleable, históricamente, y puede tomar rumbos inesperados en el caso de la coca. Además de admitir la autonomía de la coca, su actuación como agente histórico, las nuevas generaciones parecen entender, intuitivamente, el respeto que se debe a las plantas psicoactivas, llamadas "maestras" en las tradiciones andino-amazónicas. Apartarnos de la arrogancia etnocéntrica expresada en las convenciones de la ONU nos llevará a reconocer, quizás, la subjetividad del otro. Lo digo más como un anhelo teórico que como un hecho consumado pues ¿cómo se llega a considerar la coca como sujeto autónomo?; ¿cómo podemos verla como actriz en la historia universal y no, apenas, como objeto de nuestro consumo, nuestras necesidades, nuestras intervenciones, nuestras políticas? Esto implica verla como especie botánica, una planta que necesita agua y tierra, que busca el sol y, como todas las especies, anhela y desea la reproducción. La reproducción... Quien conoce la flor de la coca, quien ha mirado de cerca su fruto (que, dígame de paso, dio origen a la forma de la botella de *Coca-Cola*), sabe que, además de hermafrodita y bisexual, también es una planta muy fértil, capaz de dar mucha semilla. Hace unos años andaba por Coripata, un pueblo de los Yungas de La Paz, Bolivia, con un equipo de TV y nos llamó la atención la enorme cantidad de pepitas rojas que crecían sobre las matas de coca; Dije, un poco en son de broma, que las lomas de la región podrían tener el mismo destaque en la producción de coca que tienen las de Borgoña para el vino. En efecto, los esquistos de la formación geológica local son parecidos a las tierras de otras

zonas productoras de larga data, como el valle de Monzón, en Huánuco, Perú, o el valle del río San Jorge, en el sur del Cauca.

La coca tiene una ecología particular y hay que admitir que su producción bajo el régimen de la prohibición no siempre ha respetado el medio ambiente. En el valle del río Apurímac y en la costa Pacífica de Colombia, por ejemplo, se están cultivando plantaciones de coca muy densas destinadas a un corto periodo de máxima producción, seguido por un rápido abandono, deterioro de los suelos y erosión. Puedo imaginar un futuro cuando la coca ya no sería producida en gran escala donde lo es actualmente y volvería a los sitios que le son más adecuados en términos geológicos y climatológicos.

La coca cultivada se divide en dos especies; cada una comparte dos variedades bien demarcadas. *Erythroxylum coca*, la principal especie económica, se cultiva en las vertientes orientales de los Andes, en Perú y Bolivia, y se ha introducido a Colombia bajo el nombre de coca Tingo, recientemente. Su variedad *ypadú* está adaptada a las condiciones de la selva baja y se cultiva en la zona donde se encuentran las fronteras de Brasil, Colombia y Perú. Tiene la particularidad de reproducirse por estacas, alcanzando un crecimiento rápido, pero produciendo hojas grandes con un contenido de alcaloide relativamente bajo. *Erythroxylum novogranatense* es la coca del Cauca y de la Sierra Nevada de Santa Marta, adaptada a condiciones estacionalmente más secas que las que favorecen la *E. coca*. Su variedad *truxillense* es la coca de la costa norte peruana, actualmente cultivada en los valles de los ríos Moche, Chicama y Marañón en condiciones semi-desérticas con la ayuda de agua de riego y bajo una ligera sombra. Tiene fama de ser la coca más aromática y es la que se usa como saborizante para gaseosas.

Cada especie, cada variedad, está adaptada a condiciones específicas. Un adecuado manejo agronómico frenaría la tala de bosques en zonas inapropiadas y la coca, en vez de ser una amenaza al ecosistema, como es pintada actualmente, volvería a ser la base del desarrollo campesino en las áreas adecuadas para su cultivo. ¿Será demasiado optimista esta visión? No lo creo; 250.000 hectáreas de coca no representan nada frente a las enormes extensiones dedicadas, por ejemplo, a la caña de azúcar, tradicional motor de la agro-industria tropical. Es perfectamente factible combinar la coca con cultivos de pancoger y asociarla a otras plantas perennes que frenen la erosión. Lo único que se

requiere es, como en el caso de cualquier planta cultivada, saber evitar grandes extensiones de monocultivo que atraen plagas y destruyen las complejas relaciones entre las especies.

Aquí entro en lo esencial de mi argumento. Detrás de las cuestiones de actualidad se esconde un proceso de aprovechamiento de los recursos naturales cuya historia no remonta al comienzo del actual ciclo de la cocaína, desde la década de 1970, ni siquiera al error monumental que resultó en la prohibición de ciertas drogas y plantas a comienzo del siglo XX. El enfoque antropocéntrico —que reza que las demás especies que existen en el planeta sólo están aquí para satisfacer a las necesidades humanas— es anterior al liberalismo económico, al surgimiento del capitalismo moderno y a la conquista europea de las Américas. La tiranía de los seres humanos sobre otras formas de vida es de gran antigüedad, aunque no compartida por todas las sociedades humanas, y contraria a la percepción del mundo de muchos grupos indígenas americanos. La visión de estas sociedades —descrita por el antropólogo brasileño Eduardo Viveiros de Castro como “perspectivismo” y “multinaturalismo”— implica un planeta habitado por múltiples seres, cada uno percibiéndose como sujeto, cada uno dotado de una inteligencia autónoma, cada uno apreciando el mundo desde un punto de vista distinto a los demás. Se trata de un entendimiento opuesto a nuestra visión moderna, multicultural, que supone una similitud en la naturaleza física de las formas de vida y una multiplicidad en las adaptaciones culturales. En la perspectiva multinatural ocurre lo contrario: se concibe el mundo con una unidad de espíritu, de la cultura, de la percepción, cosas que son compartidas por todas las especies. La diversidad está en los cuerpos, en los aparatos cognitivos y en las formas concretas de representación.

Aquí se confunden las categorías y las dicotomías tan valorizadas en Occidente: la naturaleza y la cultura, la animalidad y la humanidad, la determinación y el libre albedrío. Desde una perspectiva multinatural la guerra a las drogas no sólo se ve como una empresa imperialista y como una proyección mágica de lo maligno en sustancias y plantas inocentes sino como el deseo de llevar el mundo a lo que un cierto Dr. Dupont, consejero de drogas del ex-presidente Ronald Reagan, una vez llamó, sin ningún recelo, *species extinction*, defendiendo ese objetivo, en el caso específico de la coca, como algo deseable

para el orden público y la salud humana. Me pregunto: ¿cómo será que la coca — para no hablar de la amapola y el cannabis, del yagé o ayahuasca, de los cactus peyote y wachuma, de los hongos y muchas plantas más,— cómo será que la inteligencia de esta especie, nuestra *cocamama*, percibe el loco afán humano por acabar con ella? Verá, seguramente, que los problemas que tenemos con ella se deben, esencialmente, a la falta de un correcto entendimiento de nuestra parte, tanto en saber aprovechar sus dones y beneficios de forma adecuada como en establecer una relación respetuosa y democrática entre las especies, ampliando nuestro concepto de lo político más allá de *Homo sapiens*. También verá que negamos a las plantas y animales la capacidad de intencionalidad que es dada por la posición de sujeto, que los condenamos, para siempre, a la condición de meros objetos de nuestro modelo de consumo. Verá, finalmente, que nuestra confusión es producto del miedo de perder la seguridad utilitaria de un mundo donde todo se convierte en un elemento de mercado y, sobre todo, terror de pasar al reconocimiento de una subjetividad no-humana y, así, llegar a percibir las plantas psicoactivas como auténticas profesoras, guías del pensamiento. El miedo que encierra el Plan Colombia es, esencialmente, que la coca tiene más que enseñarnos que los *think-tanks* de Washington juntos...

Si, al contrario, aceptamos que tenemos mucho que aprender de la coca este cuadro se invierte: ya no encontramos problemas sino soluciones. Soluciones ambientales, soluciones para el desarrollo y la reinserción social, soluciones pragmáticas para el consumidor. Vuelvo a insistir sobre el ejemplo de la coca amazónica, el ypadú o el mambe, cuya forma pulverizada reúne los requisitos de un producto para las nuevas generaciones. Es efectivo y de manejo fácil y, por lo tanto, podría hacer competencia a la cocaína refinada. Además, tiene un perfil sano: selvático y ecológico, orgánico e integral. Esta y otras formas de coca semi-industrializada podrían hacer que empecemos a concebir un futuro en que lleguemos a convivir, de forma pacífica, con esta planta.

La coca puede, y hasta quiere, vivir en paz con nosotros. El botánico Timothy Plowman (quien, aún más que yo, conoció casi todas las áreas de producción de coca en su corta vida) una vez me contó que en sus andanzas nunca había encontrado una planta verdaderamente silvestre de coca. No hablamos de

la sachaca del alto Huallaga o de las cerca de ochenta otras especies de *Erythroxylum* que crecen en varias partes de América del Sur. Tratamos de las dos especies de coca con alcaloide, cuya domesticación remonta, por lo menos, a 3000 años antes de Cristo. La mata silvestre que dio origen a esta coca ha desaparecido, así que, desde hace miles de años, la coca depende de nosotros para sobrevivir. Es nuestra compañera, como muchas otras plantas cultivadas, equivalente al perro y al gato en el mundo animal. Por esta razón nos quiere, porque depende de nosotros y no porque somos bellos, buenos o inteligentes; es porque le damos vida, la hacemos crecer, la acariciamos y la comemos. Nos quiere como nosotros la queremos a ella: con todas las contradicciones de la pasión y de la interdependencia. Contra el odio de los guerreros que buscan la extinción de la especie tenemos que responder con dos lemas que, en verdad, son uno solo: amor a la coca, paz con la coca.

Mama Coca, publicada en inglés en 1978, no había sido editada en Colombia desde que El Áncora y Oveja Negra la introdujeron al público hispanohablante en 1981. Esta edición revisada renueva el interés por este libro extraordinario, cuya potencia analítica y denuncia de la guerra colonial contra las llamadas drogas ilícitas, especialmente contra la planta sagrada de Suramérica, la coca, son tan vigentes entonces como ahora. La *Biblioteca del Gran Cauca* se enorgullece en presentar este libro múltiple que, desde su pasión y reflexión sobre la coca, prodiga una sin igual riqueza etnográfica, una indagación por el hacer de la antropología, el apoyo a la justicia de las luchas indígenas y el desenmascaramiento de la inmoralidad de la prohibición y la erradicación.

ISBN 958945164-0



958945164